

CONCURSO DE CASA DE LAS

● Y bien. Ya hemos roto las relaciones con Cuba. Nadie sabe exactamente por qué, y yo diría que casi todos, de un lado y otro, tienen un mal sabor en la boca. Parece que se trataba de la penetración subversiva cubana en el continente santo: América Latina. No es mi culpa si en estos momentos me disponía a hablar de algo que debe caer, según los nuevos dómicos, bajo el rubro "penetración subversiva". Acabo de recibir, hermosamente editados, los libros premiados en el V Concurso Latinoamericano de Literatura que organiza la Casa de las Américas, la competencia literaria más importante de que dispone el continente y que anuncia ya su VI certamen para enero próximo. Cuatro libros, cuatro autores (un mexicano, un brasileño y dos argentinos) forman la primera entrega de los premios del Concurso pasado. Con ellos podemos decir que este certamen ha alcanzado ya su orientación nítida, su cohesión ideológica.

Se trata del concurso de los nuevos escritores de América, de aquel que permite la revelación y proyecta al panorama continental, a creadores que oscilan entre los 25 y los 40 años. Salvo dos grandes excepciones (la del argentino Ezequiel Martínez Estrada y el uruguayo Roberto Iturrutzu) el concurso ha ido revelando nombres que si bien dentro de sus respectivos países ya habían alcanzado una cierta notoriedad, todavía no habían traspasado las fronteras patrias. En algún caso ha revelado no-

velistas (los cubanos José Soler Puig y Lisandro Otero, por ejemplo), en otros ha puesto en primer plano dramaturgos ya estimados (Andrés Lizarraga, Ovidio Dragún —en la Argentina—, Emilio Carballido y Jorge Ibarquengolita en México), o ha permitido el tránsito americano de algunos de los nuevos e importantes poetas que han surgido hace más de diez años: Jorge Adonai, el colombiano, Fayad Jamis, el cubano, Ali Lamedá, el venezolano. Junto a este rasgo —descubrimiento

y proyección de los nuevos— debe subrayarse, muy especialmente, otro. El Concurso no está destinado, de ningún modo, a imponer una determinada estética, y menos que menos una estética realista socialista. La amplitud, la sensibilidad para las nuevas corrientes, es notoria, y el criterio con que se han manejado los distintos jurados, ha sido obligadamente ecléctico, de tal modo que las formas del realismo social se codean con las de una literatura que aprovecha la lección vanguardista, que invade lo fan-

tástico, que aprovecha la lección de un Pound, de un Dylan Thomas, de un Cesare Pavese, de los operettistas franceses, de los recortes de Ionesco. No hay una orientación estética definida: lo que hay es una orientación general de apertura, que quiere al concurrir al Concurso de Casa de las Américas estar abierta que no creen en rupturas dignas con el pasado, que se trata de una comunidad latinoamericana de acciones y la esperanza de una independencia nacional.

★ LOS HELMAMPAGOS DE AGOSTO de Jorge Ibarquengolita es un intento de nueva picaresca, con la asociación satírica que este género conlleva. Se trata de una originalidad dentro de las letras mexicanas, sobre todo si se piensa que ellas se inauguraron a principios del siglo pasado con El periquillo Saraceni, pero muestra originalidad en la aplicación a su tema central (una novela que las luchas de la revolución mexicana en la tercera década del siglo y dentro del panorama actual de la literatura mexicana).

La llamada "novela de la revolución" se caracterizó por su realismo tosco, "directo", por su inclinación documentalista, por su tremendismo. Hoy es ya un capítulo cerrado de la literatura mexicana que Antonio Carral Local puede estudiar minuciosamente como un fenómeno del pasado reciente. Los recursos artísticos de la escuela de Azuela a Compuhuelo, pasando por Martín Luis Guzmán, pertenecen al regionalismo americano de su tiempo. El enfoque nuevo de Ibarquengolita, tan desafiado y despectivo, se busca, obviamente, una corrección del pasado, una atención a fondo de esa realidad nacional ya tan literarizada, sino que más bien representa un espíritu crítico moderno que en vez de aplicarse a materiales modernos, se aplica a lo que ya son los verdaderos "mitos" del país.

Del mismo modo que es posible —y aconsejable— formarse una brecha del tremendismo melodramático de mucho cine mexicano; del mismo modo que es posible —y muy necesario— huirse un poco del "mitismo" nacional y de la retórica que ello ha engendrado (Jalisco no te rajes) es también útil ofrecer una pintura franca, ingenua, (en su esencia bastante trivial), de la vida de los generales revolucionarios. Como resultado Ibarquengolita hubo época, a fines de los años veinte, en que México disfrutó de tres mil generales autodisignados, todos con vocación revolucionaria y con una codicia del poder y el dinero igualmente vocacional. Estas mentalidades generales de división José Guadalupe Arroyo son, el retrato mordaz, a veces desolador, otras simplemente malintencionado, tanto de esos generales como de sus ambiciones revolucionarias. Dice Italo Calvino, presentando el voltinismo, que "El momento de la sátira es siempre un momento de madurez. A toda literatura épica sucede, tarde o temprano, su propia caída y esto corresponde a una nueva fase histórica, a la necesidad de mirar el pasado con ojos nuevos". Pero en los hechos Ibarquengolita está mirando el presente, como hacen todos los escritores, por más que hablen de pasado.

Nadie mejor que él, cuya voz heroica es de las más íntimas y tocadas de la nueva literatura mexicana —testimonio en sus artículos de crítica teatral—, para encarar esa visión escéptica: debajo de la ría, tantas veces forzada, está oculta la desilusión. Aquellos héroes trajeron estos fantoches, podría leerse con un anagrama tras la breve novela. Es, sin embargo, la estrofa muchas veces

AMERICAS

la obra el uso insistido de la caricatura le conduce a soluciones baratas, lévesas al alcance de cualquier revista humorística, o al temor de ser tomado en serio le lleva a subrayar con trazo de crayola infantil las situaciones ridículas, y nada peor que versos obligados a ser por decreto del autor. Más que una novela, es un boceto hábil de un gran tema, salpicado de excelentes "gags" —el robo del reloj, la historia de la locomotora dinamitadora— con un solo personaje, el protagonista y relator. Y tiene un fervor dibujante que resucita sus debilidades, una expectativa alegre para vencer las objeciones.

▶ **CUATRO CUADROS DE TIERRA** de Oduvaldo Vianna (Ilhu, claro está) es un ejemplo eficaz de la línea realista de la nueva dramaturgia de temas social en el Brasil. Los espectadores montevideanos recordarán su *Chapetão* Tubão Club que aquí no tuvo acogida demasiado entusiasta, pero en esa pieza, escrita por un muchacho de veinte años, se revelaban posibilidades para el armado coherente, el buen planteo del conflicto y para un diálogo fluido. Entre mismos valores reaparecen en este otro intento, en un plano de mayor decantación. Oduvaldo Vianna acomete lo que es el "gran tema" para los dramaturgos realistas brasileños: la vida expoliada del campesino nordestino, tomando por el camino de la exaltación realista y revolucionaria de los tipos humanos penitentes. Las limitaciones del género en las que establecen las limitaciones de la obra. Es evidente que, si cotéjamos esta, como cualquiera otra pieza de la promoción de jóvenes dramaturgos realistas brasileños (Guarín, Boal, Freire), con las invenciones de un Suassuna haríamos más relevante la minoría puramente expresiva de Oduvaldo Vianna.

El pitoresquismo del ambiente, el tuitado simplista de los personajes, la tipificación de los patrones, las arcaísmos, el padre, el hijo, correspondencia todavía a un tipo de teatro cuyo renacimiento debe buscarse en Ibsen y los naturalistas europeos del siglo pasado. Aquí estos elementos conquistados todavía, no sólo por la sorpresa inmediata que nos proporcionan, sino por la frescura con que el joven autor los redescubre o reafirma. Es en la mecánica general de la pieza donde el viejo sistema le perjudica y disminuye más, poniendo de relieve los límites infranqueables que el creador no puede superar trabajando dentro de ese campo. Asimismo, los personajes huelen demasiado a convención: padre ausente e hijo revolucionario es un ducto que si bien es perfectamente posible en la realidad, sólo tendrá validez escénica auténtica en la medida en que corresponda a personalidades profundamente originales. No es este el caso: los dos personajes están simplemente bocetados para que sirvan a la demostración de un plan-

teo social revolucionario, que, por lo demás, no va muy lejos.

★ EL USO DE LA PALABRA de

Mario Trejo es un excelente ejemplo de la más reciente, más temeraria línea de la poesía argentina contemporánea. No es Trejo un dcaucanizado. Su formación se hizo en esa fecunda escuela que fue "Poesía Buenos Aires", que si bien nunca llegó a constituirse en un grupo cerrado, tuvo la importancia de un ambiente abierto, renovador, inventivo, al cual debe mucho la transformación de la lírica argentina (para ser más precisos: poética). Por allí ingresaron los corrientes europeos y norteamericanos, por allí se fue buscando un lenguaje depurado, preciso, cortés y siempre intelectual, por allí se intentó la experimentación impredecible para la reconstrucción amplia de una totalidad poética.

Cielos de la sangre (1966) fue el manifiesto poético de Trejo, entusias-



ta e improvisado. En adelante ha trabajado, esporádicamente, dispersiva y a la vez concentradamente. Todo su trabajo poético desde esa fecha es este libro, breve, cuya más alta virtud es la precisión, el rigor, y la inteligencia para conseguir que el poema se transforme en compendio de vida, respete sus márgenes oscuros y a la vez le preste la tensa forma de un racionalismo siempre despierto.

Pero muchos años han pasado por este poema

con mueras y orgasmos
amores y guerras
solared y dictadores.

El tiempo es una paciencia
largamente presentida
y clásica.

Ya no hay tiempo que perder
en mitos y melancolías.
Ya no es tiempo de perder.

El libro tiene un aire de secreta autobiografía, como creo que cabe a todo libro de poesía. Pero no de simple historia menudamente contada, sino de recuperación, a través del re-

cuando que se ha hecho luz, comprensión, entendimiento, de un pasado vivido oscuro, duramente. Es el libro del entendimiento, del encuentro consigo mismo, el libro donde un poeta es capaz, al fin, de observar y dibujar "¿Busque enterado donde ha estado prisionero y emmarcado. Hay un sector que se titula "El lado izquierdo de las cosas" donde se demuestra que una realidad invasora, atroz, social, política, puede gemir dentro de una prístina poesía. Pero yo gusto más de "El uso de la palabra", esa historia personal, dolorosa, esa lucha para sobrevivir alcanzando el sentido de la vida que se define en el poema "La lucha personal". Y también la sección "Los recuerdos se hacen de mujeres perdidas" donde las vicencias de un inmensamente conmovido consiguen bonadas verdades.

★ CHULLECA de Octavio Getino.

Es este el autor más joven de las pretendidas en el Concurso. Es de origen español: nació en León, en 1930 y sus padres lo trajeron a la Argentina en 1937 es, pues, un hijo latinoamericano. Trabajó, estudió en la vida académica dentro del género metalúrgico, y se supo que escribía cuentos cuando uno de ellos tuvo mención en el II Concurso Interamericano de Cuentos auspiciado por la revista *El Escarabajo* de Oro. Catorce cuentos ha reunido aquí y debe decirse, ante todo, que en ellos hay potencialmente un escritor. María Rosa Oliver, que lo presenta, alaba "su autenticidad, su falta de retórica, su carencia de afán folklorico". Es cierto. En todos ellos se respira eso que no es demasiado habitual en mucha nueva literatura: la necesidad auténtica de contar y de escribir. Se escribe aquí desde adentro, con un empuje áspero, desgarrado a veces, siempre tenso, y más que en los temas —donde se descarga la frustración de la vida ciudadana— es en el estilo donde debe buscarse una veracidad artística que transforma en lirato todo lo que toca.

Fero además Getino es de los pocos escritores —quizá debido a su conocimiento directo— que introduce en sus relatos personajes proletarios y el medio ambiente correspondiente, sin que se vuelva el pitoresquismo y el leve toque literario. No quiere decir que se trate de estampas naturalistas, masas y descriptivas; al contrario, la tónica dominante es la de un espíritu rebelde, agresivo, con la cual el autor contempla y agita la realidad. Quizás en definitiva la invente, pero es una invención literariamente válida porque nos sentimos llamados a suscribir.

Y bien: es esta la penetración subversiva ciberna, en la parte cultural, que ahora también ha quedado dificultada. No imposibilitada. Porque la comunicación cultural de un continente que usa la misma lengua, que tiene parecidas ambiciones artísticas y humanas, no cesa con solemnes dicámenes. La Casa de las Américas ha llamado a su VI Concurso de Literatura, y no dudo de que nuevos escritores, de todas partes de América, volverán a participar de él, volverán a restablecer este circuito del cual dependen muchas cosas importantes en el desarrollo cultural americano.